

¡Si vieras lo que decia
en mi defensa á un criado,
que porfiaba arrojado
que si yo dificultaba
la visita, lo causaba
ser él pobre y desdichado!
¡Si vieras!..... Pero ¿qué vieras
que igualase á lo que viste,
cuando del traidor le oiste
defenderte tan de veras?
Ya te ablandaras, si fueras
formada de pedernal.

D^a Ana. ¿Qué te obliga á que tan mal
te parezca mi desden?

Celia. Tener á quien habla bien
inclinacion natural;
y sin ella, me obligara
la razon á que lo hiciera.

D^a Ana. Celia, ¡si don Juan tuviera
mejor talle y mejor cara!.....

Celia. Pues ¿cómo! ¿en eso repara
una tan cuerda mujer?
En el hombre no has de ver
la hermosura ó gentileza:
su hermosura es la nobleza,
su gentileza el saber.
Lo visible es el tesoro
de mozas faltas de seso,
y las mas veces por eso
topan con un asno de oro.
Por eso no tiene el moro
ventanas: y es cosa clara
que, aunque al principio repara
la vista, con la costumbre
pierde el gusto ó pesadumbre
de la buena ó mala cara.

D^a Ana. No niego que desde el dia
que defenderme le oí,
tiene ya don Juan en mí
mejor lugar que solia,
porque el beneficio cria
obligacion natural:
y pues el rigor mortal
aplacó ya mi desden,
principio es de querer bien
el dejar de querer mal.
Pero no fácil se olvida
amor que costumbre ha hecho,
por mas que se valga el pecho
de la ofensa recibida;
y una forma corrompida

á otra forma hace lugar.
Mas bien puedes confiar
que el tiempo irá introduciendo
á don Juan, pues á don Mendo
he comenzado á olvidar.

Celia. ¿Podré yo ver el papel?

D^a Ana. Pide luces; que la oscura
noche impedirte procura
ver mis agravios en él.

(Celia se entra por un momento á dar el recado,
y vuelve.)

ESCENA V.

UN ESCUDERO, con luces; CELIA.—Despues EL
DUQUE Y DON JUAN; DOÑA ANA.

Celia. Ya están las luces aquí.

D^a Ana. Ten el papel. (Dale el papel á Celia.)

Escudero. (A doña Ana.) Dos cocheros
piden licencia de veros.

D^a Ana. Entren.

Escudero. Entrad.

(Vase el escudero, y salen el Duque y don Juan de
cocheros.)

D. Juan. (Ap. al Duque.) Pues á tí
nunca te ha visto, seguro
habla de ser conocido,
mientras yo callo, escondido
en manto de sombra oscuro.

Duque. El cielo os guarde, señora.

D^a Ana. Bien venido.

Duque. Acá me envia
el cochero que os servia,
y no puede hacerlo agora,
rendido á un dolor cruel.
¿A qué hora habeis de partir?
que os tengo yo de servir
esta jornada por él.

D^a Ana. ¿Tanto es su mal?

D. Juan. Por lo menos
no podrá serviros hoy.

D^a Ana. Pésame.

Duque. Persona soy
con quien no lo hecharéis menos.

D^a Ana. Á media noche esté el coche
prevenido á la carrera.

Duque. Y será la vez primera
que el sol sale á media noche.

D^a Ana. ¿Cómo es eso?

Duque. Como es eso.

D^a Ana. ¿Tierno sois?

Duque. ¿Es contra ley?

Alma tengo como el Rey:
aunque este oficio profeso,
no huyo de amor los males;
que si por ellos no fuera,
yo os juro que no estuviera
cubierto de estos sayales.

D^a Ana. ¿Pues qué! ¿son disfraz de amor
por infanta pretendida?

Duque. Puede ser.

D^a Ana. ¿Bien por mi vida!

[Ap.] El cochero tiene humor.

Celia. Don Mendo viene.

D^a Ana. Id con Dios,
y á media noche os espero.

Duque. Tengo, por mi compañero,
tambien que tratar con vos;
que es suyo el coche en que va
vuestra gente; y esta noche
ya veis cuánto vale un coche,
y concertado no está.

La visita recibid

que los dos esperaremos.

D^a Ana. Por eso no reñirémos,
si con bien llego á Madrid.

Duque. Señora, entre padres y hijos
parece bien el concierto.

[Retíranse el Duque y don Juan, pero quédanse
acechando tras una puerta.]

ESCENA VI.

DON MENDO Y LEONARDO.—DICHOS.

D. Mend. ¡Gloria á Dios, que llego al puerto
de combates tan prolijos!

Duque. (Ap. á don Juan.) Escuchar pretendo
si á don Mendo favorece (así
doña Ana.

D. Juan. Pues ¿qué os parece?

Duque. Que por mi daño la ví.

ESCENA VII.

DOÑA LUCRECIA Y ORTIZ, quedándose á una
puerta en acecho.—DICHOS.

D^a Luc. (Medio para sí.) ¡Don Mendo con ella,
(cielos!

Ortiz. (Ap. á su ama.) ¿Si sabe que estás

D^a Luc. Cerca el desengaño está. (acá?

Ortiz. Hoy averiguas tus celos.

D. Mend. ¿Qué es esto, doña Ana hermosa?

¿No me respondes? ¿Qué es esto?
¿Quién ha mudado tan presto
mi fortuna venturosa?
¡Tú, señora, estás así
grave y callada conmigo!
¿Quién me ha puesto mal contigo?
¿Quién te ha dicho mal de mí?
Habla: dime tu querella.

D^a Ana. ¿Tú puedes causarme enojos,
teniendo una alma y dos ojos,
para escoger la mas bella?

D. Mend. (Ap.) Palabras son que escribí
á la engañada Lucrecia.
Esperado habrá la necia
Lucrecia tener de mí
favor con hacerme daño;
mas no pienso que le importe,
vamos, señora, á la corte:
verás si la desengaño.....

D^a Ana. [Ap.] ¡Ah falso!

D. Mend. Que su favor
no estimo, porque concluya
lo que una palabra tuya
aunque la engendre el rigor.

D^a Ana. ¿Cómo, pues si el labio mueve
mi mediano entendimiento,
helado queda mi aliento
entre palabras de nieve?

D. Mend. [Ap.] Don Juan le debió de dar
cuenta de nuestra porfia;
mas aquí la industria mia
las suertes ha de trocar;
que si la verdad confieso,
y que el amor y el poder
temí del Duque, es mujer,
y despertará con eso.)
Vuelve ese rostro, en que veo
cifrado el cielo de amor.

D^a Ana. Don Mendo, así está mejor
quien tiene el cerca tan feo.

D. Mend. Ya colijo que don Juan
de Mendoza, mal mirado,
la contienda te ha contado
de la noche de San Juan;
que conozco esas razones
que el necio dijo de tí,
porque yo le defendí
tus divinas perfecciones.

D. Juan. (Medio para sí.) ¡Ah traidor!

Duque. (Ap. á don Juan.) Disimulad.

D. Mend. Pero don Juan bien podia callar, pues que yo queria perdonar su necesidad. mas ya que estás desafortunado de mí, señora, ofendida porque le dejé la vida á quien se atrevió á ofenderte, no me culpes; que el estar el duque Urbino presente pudo de mi furia ardiente el ímpetu refrenar.

Celia. (Ap. á su ama.) ¡Qué embustero!

D^a Ana. [Ap.] ¡Qué engañoso!

Celia. (Ap. á su ama.) ¡Mira con quien te

D. Mend. Si por eso me privabas (casabas! de ver ese cielo hermoso, vuelve; que presto por mí cortada verás la lengua que en tus gracias puso mengua.

D^a Ana. Pues guárdate tú de tí.

D. Mend. ¡Yo de mí! ¡Luego yo he sido quien te ofendió?

D^a Ana. Claro está ¿quien sino tú?

D. Mend. ¿Cuánto va que ese falso, fementido, lisonjero universal con capa de bien hablado, por adularle ha contado que él dijo bien y yo mal? Mas brevemente verán esos ojos, dueño hermoso, castigado al malicioso.

D^a Ana. Para entre los dos, don Juan es un buen hombre; y si digo que tiene poco de sabio puedo sin hacerle agravio; vuestro deudo es y mi amigo; mas esto no es murmurar.

D. Mend. Eso dije á solas yo al Duque, que se admiró de verle vituperar lo que yo tanto alabé.

D^a Ana. Dilo al revés.

D. Mend. Segun esto, quien contigo mal me ha puesto, el duque sin duda fué. ¡Aun no ha llegado á la corte, y ya en enredos se emplea!

¿O piensa que está en su aldea, para que nada le importe su grandeza ó calidad al necio rapaz conmigo, para no darle el castigo?

Duque. [Medio para sí.] ¡Ah traidor!

D. Juan. [Ap. al Duque.] Disimulad.

D^a Ana. ¿Qué sirven falsas excusas, qué quimeras, qué invenciones, donde la misma verdad acusa tu lengua torpe? Hablas tú tan mal de mí, sin que contigo te enojas, ¡y enojaste con quien pudo contarme tus sinrazones! Quien te daña es la verdad de las culpas que te ponen: si pecaste y yo lo supe, ¿qué importa saber de dónde? pues nadie me ha referido lo que hablaste aquella noche: verdad te digo, ó la muerte en agraz mis años corte. Y siendo así, sabes tú que son las mismas razones las que aquí me has escuchado, que las que dijiste entonces. Y pues las sé, bien te puedes despedir de mis favores, y á toda ley hablar bien, porque *Las paredes oyen.* (Vase.)

ESCENA VIII.

DON MENDO, CELIA Y LEONARDO; EL DUQUE Y DON JUAN, acechando desde una puerta; DOÑA LUCRECIA Y ORTIZ, acechando desde otra.

D. Mend. Vuelve, escucha, dueño hermoso, lo que mi fé te responde; y pues oyen las paredes, oye tú mis tristes voces.

D^a Luc. [Ap.] Más que de tristeza mueras. [Vanse doña Lucrecia y Ortiz.]

Celia. [Ap.] Más que eternamente llores. (Sale.)

Duque. (Ap. á don Juan.) ¿De dónde pudo saber lo que aquella noche (doña Ana. hablamos?

D. Juan. Yo no lo he dicho.

Duque. Ni yo.

D. Juan. Las paredes oyen. (Vanse el Duque y don Juan.)

D. Mend. Oyeme tú, Celia: así tus floridos años logres.

Celia. Las que ya llamaste canas, ¿cómo agora llamas flores?

D. Mend. ¿Quién te ha dicho tal de mí, Celia?

Celia. Las paredes oyen. (Vase.)

ESCENA IX.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mend. ¿Qué es esto, suerte enemiga?

¡Por tan falsas ocasiones, tan verdadera mudanza en voluntad tan conforme! ¿Que pueda ser quien me ha dado los mas estrechos favores, á mi acusacion de cera y á mi descargo de bronce! ¿Á mis contrarios escuchas? ¿á malos terceros oyes? ¿á mí el oído me niegas? ¿á mí la cara me escondes?

Leonardo. Con la pasion no discurre.

¿Posible es que no conoces que tan estraños efectos á mayor causa responden? No por las culpas que dice, hay mudanza en sus amores; antes por haber mudanza, aquestas culpas te pone; que si el enojo que ves causaran tus sinrazones, no tan resuelta negara los oídos á tus voces; que á quien obligan ofensas de quien ama á que se enoje, la satisfaccion desea cuando la culpa propone. Doña Ana no quiso oírte: y así me espanta que ignores, que culpas ha menester, pues huye satisfacciones; y el que anda á caza de culpas, intencion resuelta esconde, y pretende dar color de castigo á sus errores.

D. Mend. Bien imaginas.

Leonardo. Señor, ciego estás, pues no conoces su desamor en su ausencia,

su engaño en sus dilaciones. Dilató por las novenas el matrimonio: engañóte; que no hay mujer que al amor prefiera las devociones. Con secreto caminaba á otro fin su trato doble; y por si nó lo alcanzase, entretuvo tus amores. Ya lo alcanzó, y te despidió sin que en descargo le informes; que ha menester que tus culpas su injusta mudanza abonon.

D. Mend. Agudamente discurre; mas por los celestes orbes juro que me he de vengar de su rigor esta noche.

Leonardo. Poderoso eres, señor.

D. Mend. De allá han salido dos hombres.

Leonardo. Cocheros son de doña Ana.

D. Mend. La fortuna me socorre.

ESCENA X.

EL DUQUE Y DON JUAN, de cocheros.—DON MENDO Y LEONARDO.

Duque. (Ap. con don Juan.) No ví hermosura ni tal discrecion oí. (mayor,

D. Juan. ¿Luego á don Mendo venéis?

Duque. Pregúntaselo á mi amor. ¡Vive el cielo, que estoy loco!

D. Juan. (Ap.) Mi invencion es ya dichosa.

Duque. Será mi esposa.

D. Juan. ¡Tu esposa!

Duque. Sí.

D. Juan. (Ap.) Ni tanto ni tan poco.

D. Mend. Dios os guarde, buena gente.

Duque. ¿Quién va allá?

D. Mend. Don Mendo soy de Guzman.

Duque. [Ap. á don Juan.] Por darle estoy el castigo aquí.

D. Juan. Detente:

que es de doña Ana esta puerta. *

Duque. ¿Qué mandais?

D. Mend. Que me digais,

* Suponemos que don Juan señala una puerta que dá paso á una pieza interior; para que designara la puerta de la calle, será preciso que al concluir la escena VIII se hubiesen retirado todos los actores y mudádose la decoracion. Nada de esto indica la edicion príncipe.

pues á doña Ana llevais,
¿á qué hora se concierta
la partida?

Duque. Á media noche.

D. Mend. Una cosa habeis de hacer,
que me obligo á agradecer.

Duque. Decidla.

D. Mend. Apartar el coche
en que fuere vuestro dueño,
del camino un trecho largo,
haciendo del yerro cargo
á la oscuridad ó al sueño.

Duque. ¿Para qué fin?

D. Mend. Solamente
hablarla pretendo, amigos,
con espacio y sin testigos.

Duque. ¿Cosa que algun hecho intente
que nos cueste?.....

D. Mend. No os dé pena,
cuando yo os amparo, el miedo.
La obligacion en que os quedo
publique aquesta cadena,
que podeis los dos partir.

Duque. No, señor.

D. Mend. Esto ha de ser.
(Dale una cadena y tómalala el Duque.)

Duque. Una cosa habeis de hacer,
si os habemos de servir.

D. Mend. Hablad pues.

Duque. Que á la ocasion
no vais mas de dos amigos;
porque cuantos son testigos,
tantos enemigos son.

D. Mend. Solos iremos los dos:
desto la palabra os doy.

Duque. Con eso á serviros voy.

D. Mend. Y yo á seguivos.

Duque. Adios,
que es hora ya de partir.

D. Juan. (Ap. al Duque.) ¿Dónde con tu in-
Duque. Presto, don Juan, lo verás. (tento vas?
(Vase, y síguete don Juan.)

ESCENA XI.

DON MENDO Y LEONARDO.

D. Mend. Manda luego apercibir,
Leonardo, los dos rocines
de campo, para alcanzar
esta fiera. Hoy he de dar
á esta caza dulces fines.

Leonardo. No lo dudes, pues está
tan de tu parte el cochero.

D. Mend. Como eso puede el dinero.

Leonardo. Contra su dueño será
si de su favor te ayudas.

D. Mend. El primer cochero agora
no será que á su señora
haya servido de Judas. (Vanse.)

Campo inmediato al camino real de Alcalá á Madrid, á
un cuarto de legua de aquella ciudad.

ESCENA XII.

ARRIEROS Y UNA MUJER; despues DON MENDO
Y DOÑA ANA, todos dentro. *

Un Arr. [Dentro, cantando.] Venta de Vive-
¡Dichoso sitio, (ros,

si el ventero es cristiano,
y es moro el vino!
¡Sitio dichoso,
si el ventero es cristiano,
y el vino es moro!

Arr. 2º Con mi albarda y mi burro
no envidia nada;
que son coches de pobres
burros y albardas.

Una muj. Tan gustosa vengo
de ver los toros
que nunca se me quitan
de entre los ojos.

Arr. 3º Unos ojos que adoro.
llevo á las ancas:
¿quién ha visto los ojos
á las espaldas?

Arr. 4º ¿Gruñes, ó gritas ó cantas?

Arr. 3º Mis males espanto así.

Arr. 4º ¿Somos tus males aquí?

porque tambien nos espantas.
Calla y toma mi consejo,
que no es la miel para tí.

Arr. 3º ¿Fuiste á ver los toros?

Arr. 4º Sí.

Arr. 3º Pues ¿no hay en tu casa espejos?

Arr. 2º ¡Ah del coche! ¿Dónde bueno?
del camino se han salido.

Arr. 1º O el cochero se ha dormido,
ó han de hacer noche al sereno.

Arr. 2º ¡Ah, Faeton de los cocheros,
que te pierdes! Por acá.

* Es decir, lejos; donde no se ve á los que hablan ó
cantan.

Arr. 1º Por esos trigos se vá.

Arr. 2º Y tras él dos caballeros.

Arr. 1º De malas lenguas se quita
quien va al desierto á morar.

Arr. 2º No van ellos á rezar;
que por allí no hay ermita.

Arr. 1º Arre, mula de Mahoma:
ella hace burla de mí.
Dale, Francisco.

Arr. 2º Echa aquí.

Arr. 1º Arre: ¿qué diablo te toma?

D. Mend. [Dentro.] Pára, cochero.

Dª Ana. (Dentro.) ¿Quién es?

D. Mend. (Dentro.) Don Mendo soy.

Dª Ana. (Dentro.) ¡Anda!

D. Mend. ¡Pára!

ESCENA XIII.

DON MENDO, DOÑA ANA, DOÑA LUCRECIA Y
LEONARDO.

Dª Ana. ¿Quién sino tú se mostrara
conmigo tan descortés?

D. Mend. Mi exceso y atrevimiento
disculpo con tu mudanza.

Dª Ana. Llámala justa venganza
y cuerdo arrepentimiento.

D. Mend. ¿Quién lo causó?

Dª Ana. Tus traiciones.

D. Mend. ¡Ah falsa! ¿Engañarme piensas?

¡Acreditas mis ofensas
por abonar tus acciones!
Pues no lograrás tu intento.

(Llega don Mendo á pelear con doña Ana, doña
Lucrecia á ayudarla, y Leonardo á tener á
doña Lucrecia.)

Dª Ana. ¿Qué es esto?

D. Mend. Justo castigo
de tu mudanza.

Dª Ana. ¡Conmigo
tan grosero atrevimiento!

Dª Luc. ¡Justicia de Dios!

Leonardo. Tenéos.

Dª Ana. ¡Hay excesos mas estraños!

D. Mend. Á pesar de tus engaños
he de lograr mis deseos.

ESCENA XIV.

EL DUQUE Y DON JUAN, de cocheros, que sacan
las espadas y dan sobre DON MENDO Y LEO-
NARDO, que dejan luego á DOÑA ANA Y DOÑA
LUCRECIA.

Duque. (Ap. á don Juan.) La venganza nos con-

Dª Ana. ¿Dónde están mis escuderos? (vida?

Vendido me han los cocheros.

Duque. Por vos, señora, la vida
vuestros cocheros darán.

D. Mend. ¡Á don Mendo os atreveis,
viles!

[Desenvainan las espadas don Mendo y Leonardo.]

Leonardo. Cocheros, ¿qué haceis?

¿que es don Mendo de Guzman!

Á vuestro coche os volved.

D. Mend. (Ap.) Furias del infierno son.

Dª Luc. ¿Qué pena!

Dª Ana. ¿Qué confusion!

(Retíranse don Mendo y Leonardo, y el Duque y
don Juan van tras ellos.)

Cocheros, ¡tened, tened!

ACTO TERCERO.

Sala en casa de doña Ana, en Madrid.—Está amanecien-
do: la pieza tiene poca luz.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ANA Y CELIA; EL DUQUE Y DON JUAN,
de cocheros: este último retirado detras del
Duque.

Dª Ana. ¿No advertís lo que habeis hecho?
¿Cómo tan despacio estais?

Duque. Por nosotros no temais:
quietad el hermoso pecho,
pues con probar la violencia
que intentó aquel caballero,
en nuestro favor espero
que tendrémos la sentencia.
Y por su reputacion
le estará mas bien callar:

no penseis que ha de tratar
de tomar satisfaccion

por justicia un caballero.

¿No veis lo mal que sonara

que herido se confesara

del brazo vil de un cochero

un tan ilustre señor,

dueño de tantos vasallos?

Destos casos el callallos

es el remedio mejor.

Dª Ana. Siéntome tan obligada

de vuestro valor estraño,

que el temor de vuestro daño

toda me tiene turbada.